

## Uruguay: el ensayo y las ideas en 1957\*

### I

SABEMOS, por una inmediata intuición de naturaleza, lo que es narrativa; sabemos, por igual modo, lo que es poesía, lo que es teatro. El desdibujo ocasional de los límites puede ser una curiosidad, un problema, en singular, nunca una tarea que el crítico que intenta un panorama tenga que enfrentar como regular quehacer.

Si queremos, en cambio, abarcar en una mirada el ensayo uruguayo hacia 1957 todas las imprecisiones nos acosan. Y nos acosan hasta configurar, ellas mismas, una materia. Un mundo de imprecisiones.

Porque no tenemos los uruguayos del presente una ensayística cabal. ¿Qué nos quedaría de la tentativa de aislar, con todas las impurezas, con todas las aproximaciones, una masa escrita en la que dominen las notas tradicionales del ensayo? Seguramente nada. ¿Dónde veríamos dominar ese tipo de curso libre y

divagatorio del pensamiento, la subjetividad personalizadora de los enfoques, la gama de lo ficticio, la veta de lo confidencial, la ondulación de lo connotativo? Es claro, por otra parte, que el problema no es nuestro, que no se presenta sólo en una cultura tan relativamente endeble como la uruguaya. En América, sobre todo, es común aunque en algunos países, como Argentina, donde existen algunos ensayistas típicos (se me ocurre, por ejemplo: *El pecado original de América*) parezca menos gravoso. Como en el umbral de la novela, el rótulo "épico" ya no funcionaba (aunque regía), sólo la pereza o la falta de un nombre mejor nos conserva apegados a éste, del "ensayo".

Esta reflexión no llevará a un problema de categorización literario:

\* La extensión excesiva de este artículo me veda un tratamiento, por somero que fuese, de nuestro pensamiento político, de nuestras posiciones e "ideologías". Con él, este panorama hubiera quedado (medianamente) completo.

aquí sería ocioso e implanteable. Nos lleva, en cambio, a señalar una serie de tentaciones en la que tenemos desde ya que caer. ¿Por qué no la de un cuadro de "carácter y opinión" nacional en el sentido de la que hace tantos años intentara, en Estados Unidos, Jorge Santayana? En el ensayo, o en lo que llamaremos tal, se dan en el Uruguay, las tónicas, las ideas, las técnicas, los temperamentos más comunes, más significativos, más "socializados". Y, por eso, si en la narrativa y en la poesía dominan como grandes criterios axiológicos los de "totalidad" y "singularidad", en el ensayo, por el contrario, nos puede importar muy legítimamente otra cosa. No el gran nombre que falta, ni el mundo cerrado que una obra importa sino las series, las direcciones, los niveles, las funciones culturales cumplidas o incumplidas, el lugar que ocupan o no en un espectro literario que en todos los países de Occidente tiene algo así como una anchura preestablecida, unos datos o inevitables colores (porque ¿en cuál no hay historia, no hay filosofía, no hay crítica literaria?, ¿en cuál no hay un pensamiento "moderno" y un pensamiento tradicional? ¿Cómo nos sentiríamos sin ellos?) Y aún ¿cómo prescindir, sin recaer en la tentación adánica, de todas las influencias de la cultura universal, del aire de la época, de lo que me gusta llamar "los meteoros?"

Lo poco que nos quedaría y (co-

mo no escribo por vanidad lugareña), lo bastante valioso que quedaría afuera si otro método siguiéramos, se hace más notable si subrayo hasta qué punto falta en el Uruguay de 1957 esa, o esas voces grandes y aglutinantes que simbolizan y asumen los muchos nombres prescindibles. Algo semejante a lo que significó Rodó, aquí, en la primera década del siglo. Algo semejante a lo que importó para España el diálogo táctico de Ortega y Unamuno o (más modesto y cerca) el debate peruano de José Riva Agüero y José Carlos Mariátegui. Mucho tendríamos que abultar, mucho que "construir" para presentar, así, dramáticamente una realidad literaria tan coral como la nuestra.

"Carácter y opinión" entonces; "crítica" también, porque en todo lo que mostraremos hay siempre un juicio, un juzgar, un "krinein" sobre una realidad dada, sobre algo que no inventamos. Y con estas brújulas distinguir entonces, penosamente, algunas significaciones centrales que no siempre están en el libro ni siquiera en la revista. Nuestra realidad literaria, sociológicamente enfocada, es muy especial, muy gravosamente especial. Sin industria editorial de ninguna especie, con costos altísimos de impresión que han terminado por silenciar casi todas las publicaciones independientes, los descartes que podrían hacerse en Argentina, en México, y hasta en Chile,

no pueden hacerse en el Uruguay. Hasta los resúmenes de conferencias de los diarios, hasta el periodismo más típico, hasta los tirajes mimeografiados tienen, con esta pobreza, una posibilidad de eco y de prestigio. Y ni qué decir los semanarios, las publicaciones del carácter de *Marcha*, a las que tendremos que aludir constantemente. No quiero oscurecer las tintas pero, a ratos, hasta los suplementos de nuestra prensa "grande", cicateros, mal armados, hechos a tijera, importan. Las revistas, de cualquier manera, aun desaparecidas, aún con dos y tres años de silencio son lo más revelador, lo que señala grupos y orientaciones. Las oficiales aparecen con bastante regularidad y al lado de las más tradicionales: *Anales de la Universidad* y *Revista Nacional*, la de la Facultad de Humanidades y Ciencias está adquiriendo creciente consistencia y valor. *Nexo* hispanoamericanista y antiimperialista, *Nuestro Tiempo* (de orientación socialista y vida muy breve), varias anarquistas, la comunista *Estudios*, concretan la actitud política. De las revistas culturales, *Escritura* fué la más completa entre las desaparecidas, pero se acercan a una peligrosa aperiodicidad las dos más representativas: *Número* y *Asir* con uno o dos años de silencio). Las *Entregas de la Licorne*, de aparición menos seguida que *Sur* es sin embargo la más regular y otras, *Deslinde*, de cierto tinte anárquico, *Agon*, *Gaceta de Cultura*, co-

munizante, parecen o muy nuevas o ya silenciadas.

Todas ellas, y todo lo que examinaremos después, están dominadas por ciertas técnicas, por ciertas preocupaciones, por ciertos deberes. Marcarlos es recurrir, en algún modo, a un sistema de claves que, con todo lo aproximado que sea, hace inteligible la realidad.

Usaré, para empezar, la de "intelectual" y "espiritual". Se comprenden por sí mismas, pero como pistas valgan: "intelectual": lucidez, cultura, ingenio, inmanencia; "espiritual": trascendencia y radicación (al mismo tiempo), problemas básicos (no simplemente sociales) de la existencia, sentido de la vida, intuición, emoción y hasta "sentimentalina". Con ellas calificaría a *Número* de intelectual, a *Asir* de espiritual, a *La Licorne* de ambas cosas.

Empleo, igualmente, como claves de una actitud ante lo nacional y ante el destino nacional, las de "satisfacción" y "disconformidad". Las connotaciones argentinas de ambas palabras me ahorran aquí toda explicación pero no tanto como para que no tenga, en su momento, que señalar las correlaciones ideológicas de las dos actitudes: la de la primera: con todo el repertorio de convicciones de raíz humanitaria, moderna, democrática, liberal, burguesa, "evolucionista", que el extranjero identifica con el país mismo. La segunda, la de la disconformidad, con la doble serie ideológica que las con-

venciones de la política y el lenguaje ponen a ambos lados de la anterior: variedades marxistas, anárquicas, sindicalistas, antiimperialistas, nacionalistas, antiliberales cristianas (aunque no "demo-cristianas").

"Arraigo" y "evasión" ante la circunstancia para manejar la dicotomía tan bien desarrollada por Mario Benedetti en un ensayo, se explican también por sí solas, y su inevitable secuela de "nacionalismo" y "universalidad". Con la misma trilogía de revistas incluiría, a *Asir* en el primero, a *La Licorne* en la segunda, a *Número* entre ambas.

Con esas actitudes, y aun con algunas otras, es que el intelectual uruguayo y en nuestro caso el ensayista, enfrenta su misión y su operar de tal. Señalaré en casi todos lo que parece constituir el prospecto inescapable del hombre de pensamiento hispanoamericano y que es el doble deber de *incorporarse al nivel cultural universal*, comunicándolo, construyendo sobre él y el otro, más específico: *la toma de conciencia de su circunstancia*, el balance de su país, de la América en que está inserto y aun el de un mundo de creciente impacto y peligro. Dentro de esa voluntad actúa otra, de cariz más particular y que lleva inevitablemente a la historia: la elaboración de lo que con terminología más o menos eliotiana cabe llamar *un pasado útil*, un sentido coherente y actual del curso de nuestra comunidad en el tiempo. Pero la historio-

grafía también, y cualquier otra actividad, nos señalará otro móvil que es muy distinto y es, en plano en este caso mundial, *la continuación de la actividad académica*. Por poco que hayamos aportado efectivamente a ella, en ciertos sectores, como en nuestra actual lingüística y en nuestra actual filosofía la intención es perceptible. Y aún agregó: la cuestión del *sentido de la vida*, aunque él se dé tanto en la narrativa y sobre todo en la poesía. En sus formas menos personales, este sentido de la vida se filia en una última dirección que también marcaré: la del *prospecto y prestigio de las ideologías*. Si bien, en un país de conciliaciones y medias tintas, no todos las abracen, explícitamente, hasta ese último, hasta ese diferenciado carozo.

## II

### *La Filosofía*

Decía Ortega y Gasset que todo el pensamiento moderno a partir de Kant —toda la aventura idealista por lo menos— puede ponerse bajo el signo de *la desconfianza* en el conocimiento. No me parece erróneo situar a Carlos Vaz Ferreira en una modalidad especial de esta desconfianza. Si la desconfianza de los idealistas es una desconfianza intelectual, Vaz Ferreira ilustra con su obra, tan vasta, tan fragmentaria, otra: la desconfianza temperamental,

la desconfianza enraizada en estratos del carácter más básicos, anteriores a los del pensamiento mismo. Ochentón largo y único sobreviviente de nuestra "gran generación", la del 900, Vaz Ferreira ha filosofado impertérritamente dentro de esas tónicas que José Gaos sistematiza para el "pensamiento de lengua española": formas asistemáticas, interés estético, acentuada atención al contorno social en que se arraiga, afán de "servir", pragmáticamente, con las ideas, calidades literarias indiscutibles (Vaz es un maestro en el estilo desgarbado, coloquial, en mostrar un pensar en "status nascens"). Como ha vivido tanto, ha podido ser testigo de tres y hasta de cuatro estaciones diversas de actitud ante su obra. Durante muchos años es una pieza supernumeraria de una sociedad y de un país esencialmente afilosóficos que le respetan sin leerle y sólo lo admiten con la curiosa dignificación de "doctor" (en abogacía...) Hacia el filo de la tercera y la cuarta década una generación demasiado cálida de discípulos le exalta sin medida y, fundamentalmente, sin fortuna. Hemos asistido a la reacción contra ese fervor y a los intentos de enfrentarlo con sentido de objetividad y sustanciales reservas. Puede ser verdad, sin duda, que Vaz haya sido un filósofo que se quedó, en el largo curso de su vida, polemizando con los filósofos formadores de su juventud: un Stuart Mill, un James, un Bergson. Puede ser cierto que su

pensamiento es un pensamiento desinteresado de lo contemporáneo, al margen de una rigurosa actualidad filosófica. Puede verse, tal vez, su carrera como una trayectoria inicial brillante que se trunca, hacia 1910, en su brío creador, que administra después durante medio siglo sus enfoques y sus cautelas, que, estrictamente, se repite. Pero es cierto también, al margen de todo esto, y marcando algo así como la cuarta estación de su suerte, que pese a todos esos peses, Vaz Ferreira ha sido, es todavía, una de las más puras, de las más esenciales vocaciones filosóficas de América. Si hoy no nos inclinamos a prestarle demasiado crédito a su famosa frase "la vida no me dejó", cuando alega con ella afectos familiares que no coartaron a otros y preocupaciones económicas que no fueron excepcionales, ¿cuánto no endosarle a la oquedad, a la absoluta opacidad del ambiente que le rodea cuando cumplida su juventud, levanta la parábola de un gran destino filosófico? Se ha reeditado hace pocos meses en Buenos Aires su estudio *Sobre la percepción métrica*. Si al leerle, sólo se piensa que fué publicado por primera vez en 1905 (y aquí) se tendrá una medida de lo que pudo ser, con otra América en torno, la obra filosófica de Vaz Ferreira.

Recientemente, Arturo Ardao ha trazado el panorama del pensamiento filosófico en el Uruguay en el siglo xx (México, 1956). No ha habi-

do, tras de Vaz Ferreira, una figura de entidad similar a la suya, aunque la labor conjunta pueda ser más importante y, sobre todo, más curiosa, más informada. Una muy sensible receptividad para la actualidad filosófica mundial no se ha traducido en labor édita considerable, salvo el margen escaso, pero no ciertamente sin valor, que representa la labor de la Facultad de Humanidades. La generación de 1920 no tuvo más filósofos que Antonio M. Grompone (aunque lo más sustancial de su obra escrita se haya vertido a lo social y a lo pedagógico) y Emilio Oribe (aunque su preferencia haya sido el pensamiento estético). La que en mi periodización de generaciones llamo la "generación del 35" tiene en cambio dos típicos filósofos en Juan Llambías de Azevedo y en Luis Gil Salguero. En Llambías, de excepcional saber filosófico, la filosofía es rigor, aspiración a la objetividad, construcción. Formado en lo clásico, y lo alemán, son también de primera agua sus aportaciones a la filosofía jurídica y a la historia del pensamiento occidental. En Gil Salguero, de vastas lecturas también y de obra tan fragmentaria que el aforismo parece ser su predilecto medio expresivo, opera, a través de un estilo trémulo y bello, una especie de místico deslumbramiento ante la riqueza y la hondura de lo real, de lo personal, de lo vital, de lo posible. Junto a estos nombres, Clemente Estable, biólogo destacado, ha sido pensador

de filosofía científica y problemas pedagógicos con gran originalidad mental y una expresión muy viva y llena de encanto.

De una generación más joven que inicia su actuación entre el fin de la segunda guerra mundial y 1950, Aníbal del Campo, Mario Silva García y Mario Sambarino parecen los más laboriosos. Los tres definen el tipo del profesor, con promisorias perspectivas creadoras. Manuel Arturo Claps es, además de profesor, agudo crítico de ideas y libros filosóficos. Mitad uruguayo y mitad argentino, parece además muy despierto a las realidades del mundo político-social. Son menos encasillables en la línea de modernidad filosófica franco - germana - italiana, Enrique Grauert, de filiación tomista, y Alberto del Campo, discípulo de Xubiri y residente desde hace años en España.

### III

#### *La crítica*

Es seguramente la crítica, entendida en su sentido más usual y estricto: literaria, musical, teatral, cinematográfica, plástica, la realidad más grande y menos esperada de nuestra vida cultural en los diez últimos años. Es en esta labor que se estrenan, con desusada frecuencia todos los noveles y en la que permanecen después, bastantes. Varias direcciones, de las que hemos señalado

como cardinales de la actividad ensayística se marcan netamente en ella: el deseo de estar en el nivel cultural del mundo, la continuación de la actividad académica, la elaboración de "un pasado útil".

De la promoción de epígonos de Rodó (definida entre 1905 y 1915), Osvaldo Crispo Acosta ("Lauxar") es el único que permanece en la docencia y en la escritura. Ha unido a una general incomprensión de todo lo moderno una sana acritud de juicio (que le evitó caer en beatificaciones revisadas), un gran caudal informativo y un indeclinable apego a la monografía de tipo francés.

Alberto Zum Felde es, muertos Falcao Espalter, Lasplaces y Gustavo Gallinal, la mayor figura superviviente de la generación que se inició entre la guerra mundial y la irrupción de los "ismos", la Reforma Universitaria en América y la experiencia política del Colegiado en el Uruguay. Aunque en este aspecto —no es el único— de su actividad, Zum Felde se haya desplazado desde el enfoque crítico concreto —en sus columnas de *El Día* y *El Ideal* hacia 1920— y el diagnóstico del espíritu de la época presentado en grandes estructuras *Estética del 900* de 1927, lo más recordable de su obra se organiza en historias literarias: *Crítica de la literatura Uruguaya*, de 1921, *Proceso Intelectual del Uruguay*, de 1930, e *Índice crítico de la Literatura Hispanoamericana*, cuyo primer tomo apareció en 1954. Fren-

te a sus debilidades: una peligrosa flojedad de la base informativa, cierto énfasis teorizante que no escapa al lugar común, cierto desvío de la necesaria precisión, posee Zum Felde una excepcional aptitud para las construcciones coherentes y la síntesis brillante, una admirable sensibilidad —o si se quiere vista— para los fenómenos espirituales menos legibles de América y de su tiempo, una inteligencia aguda para "lo que importa" en cada escritor y el coraje de decir en ciertos casos que eso "que importa" no existe, por encumbrado que el figurón haya sido, por difícil que su deflación resulte.

En la misma generación, José Pereira Rodríguez se ha dispersado en una gran variedad de estudios y actividades. Comunicativo, cordial, entusiasta, su buen olfato le ha preservado (habitualmente) de los peligros que el entusiasmo contiene.

Desde hace diez años, y al frente del Instituto de Investigaciones y Archivos Literarios, Roberto Ibáñez ha marcado un nuevo estilo de crítica y de investigación. Básica y fundamentalmente poeta, la obra crítica impresa de Ibáñez es corta, cautelosa, muy menor que la prometida, aunque la flanquee un gran volumen de actividad docente y conferencial. Utilizando a veces un vasto material inédito, sus estudios sobre Martí y poetas españoles y sobre todo (pues desde hace un tiempo se ha circunscrito a temas y autores nacionales) sus trabajos sobre Rodó,

Herrera y Reissig, Zorrilla de San Martín y Acevedo Díaz son el resultado de la fusión entre un gran cuidado del dato preciso y el análisis externo y una despierta percepción de calidades poéticas y humanas. Pero marcan también la actividad de Ibáñez como crítico y como patrocinador y director de su Instituto un rasgo que por su entidad quiero destacar. Es una extraña necesidad de supervaloración y hasta divinización —biográfica, no concreta— de los autores que se estudian. Poco parece querer a un poeta si no lo considera angélico, poco a un prosista si no lo califica de profético, poco sus afanes si no los ve como “agonía”. El enfoque plutarquiano siempre tiene un sentido, pero puede caer en una mera inflación nominal que la anécdota vital o la simple comunicación de la obra no sostengan. Los hispanoamericanos y los uruguayos tenemos algunos escritores grandes —lo sabemos— pero, sin perder de vista la necesidad de un nivel en el que situarlos dentro de la jerarquía universal de los mejores, no podemos (no debemos) manejar sus textos, sus inéditos como si se tratara de los papiros del Mar Muerto.

Gervasio Guillot Muñoz, algo mayor y muerto hace poco, puso al servicio de una inteligencia muy refinada, muy siglo XVIII, una honda cultura francesa y una especializada sensibilidad (tal vez excesiva) para “lo nuevo”. Biógrafo y estudioso,

junto con su hermano Alvaro, de Lautréamont y Laforgue, fué imperterritamente fiel hasta su muerte de cierto planteo ideológico —“pas d’ennemi à gauche”—, que en Francia, desde la radicalización y entre nosotros, desde la época “rosada” ha sido muy operante y muy típico de la “intelligentsia”. Susana Soca no cabe dentro del esquema que se le ha trazado: una Victoria Ocampo uruguaya. Como la argentina tiene una cultura europea, fortuna, origen ilustre, variedad de idiomas y una revista: *Entregas de la Licorne*. Crítica de gusto y cultura —además de poetisa—, posee una excepcional sensibilidad no sólo para los valores estéticos sino, especialmente, para las calidades puramente humanas. Su espíritu es europeo aunque una conciencia moral, muy exigente, le fije su deber aquí, en América.

La crítica de la última generación y aun la crítica uruguaya entera se identifica desde hace años con Emir Rodríguez Monegal. Con su incorporación a *Marcha* en 1943 y con su posterior revista *Número*, Rodríguez Monegal es, por encima de toda discusión que haya podido suscitar su labor, un hecho social nuevo: la operancia de la crítica, el magisterio de la crítica. Callado un siglo de cuarto antes Alberto Zum Felde, nada semejante se había dado desde ese entonces en el Uruguay ni tampoco en la Argentina (la crítica anónima de *La Nación* y *La Prensa* ni lejanamente le equivalen). Sema-

na a semana, durante doce años, con sus notas y comentarios, dueño de un estilo eficaz y comunicativo, liberado desde hace tiempo de las muletillas verbales del borgismo, Rodríguez Monegal representa una influencia que ni sus numerosos enemigos —y ellos menos que nadie— desconocen. Sin pelos en la lengua para fundar sus negaciones, polémico y frío (al mismo tiempo) en las controversias, Rodríguez Monegal no ha dejado de ganárselos. Pueden señalársele limitaciones: no es un teórico de la crítica, ni un especialista en “ciencia literaria”, ni un “estilista”, ni un virtuoso del “close reading”. Ni su cultura filosófica ni su cultura lingüística o filológica son excepcionales, pero no creo que nadie haya cumplido con más general acierto, con más ceñida inteligencia, con más penetración de cualquier texto a que se enfrente la función comprensiva y axiológica que la crítica importa. Su información segura y bien ordenada, su cultura anglosajona, su preocupación por el medio literario y social en que vive le ha permitido cumplir con igual seguridad y con coherencia general de enfoque, tanto una crítica como *toma de conciencia de la realidad* como una crítica que es divulgación y valoración de todo lo que el hombre moderno, en cualquier latitud, está creando. Siempre solvente, tal vez sea su mejor cuerda la analítica de la creación novelesca. Siendo su gran preferencia la novela, es claro que

la vea como dinámica narrativa y (no como otros) a modo de repertorio de lindezas, de enhebrado de descripciones.

Sólo contrastamos la obra de Emir Rodríguez Monegal con la entidad de lo creado por los que han descubierto como una novedad los ya empolvados métodos de la estilística (siempre vivimos por lo menos un cuarto de siglo atrás), nos hacemos cargo de hasta qué punto los que dicen en la crítica la última palabra son la agudeza, la percepción, el caudal de lecturas, los dones más natos, más ametódicos. (Aunque Rodríguez Monegal no sea en ninguna forma un practicón de su tarea y haya escrito excelentes estudios sobre los métodos de un Orwell, un Salinas o un Amado Alonso).

Domingo Luis Bordoli, Guido Castillo, Angel Rama y Arturo Sergio Visca son otros nombres considerables en esta área de actividades. Castillo y Bordoli son escritores —mejor que “críticos”— en los que una variada experiencia vital, más entrañablemente criolla que la de la mayoría de los hombres de su generación —la última o la penúltima— se une a una riqueza “espiritual” (aquí hago valer el distingo) de raíz tradicional. Parece operar en los dos una creciente posesión del caudal religioso, poético y filosófico de Occidente —Oriente también interesa mucho a Bordoli—, aunque en Castillo se da una inclinación muy acentuada a lo español y en Bordoli, el fondo cris-

tiano común se dibuja en una especie de simplicidad franciscana—muy culta y muy fresca a la vez—que su vida y su figura sostienen con total coherencia.

Angel Rama representa una categoría que no es irrepetida pero que en él se da plenamente. Es el doble interés por la actualidad literaria mundial, y sobre todo francesa, y por el patrimonio cultural nacional y americano: *La aventura intelectual de Pedro Figari*, *Temas Tradicionales*, etc. En ninguno de los dos “evasión”; en ambos “arraigo”, aunque en distintos planos.

Arturo Sergio Visca, en cambio, es el arquetipo de la crítica más unívocamente orientada hacia la valoración de lo nacional, realizada con simpatía pero también con un seguro sentido de relatividad de los volúmenes y una perspectiva muy amplia, muy “relacionadas” de sus significados. En este respecto, su estudio sobre don Bernardo Prudencio Berro podría valer como un exacto modelo.

Co-gestores de *Número* aunque nada semeantes entre sí, Mario Benedetti e Idea Vilariño han ejercido la crítica al margen de su principal quehacer: la poesía en ella; en él, la narración. Idea Vilariño, además de notas sobre libros, ha ensayado, con aportes muy personales, la aplicación de las ideas de Pius Sirven a los poetas de lengua española. Dos libros de crítica, muy desigualmente

interesantes: *Peripeccia y novela* y *Marcel Prouts y otros ensayos* (aparte de numerosas notas) ha publicado Benedetti que, poeta, dramaturgo y periodista (además de narrador y crítico) es el caso más cabal entre nosotros de una vocación literaria completa.

Generalmente en las revistas de jóvenes o en *Marcha* un grupo muy numeroso de la nueva generación cultiva “la revista”, la nota, la reseña. Algunos de ellos se han retirado ya: Carlos Ramela, Manuel Flores Mora, Adolfo Silva Delgado. Rodolfo Fonseca Muñoz ha muerto y, por su talento y sus intereses, su pérdida es irremplazable. Pero quedan José Enrique Etcheverry (sensible, muy técnico, demasiado medido), Mercedes Rein, Alberto Paganini. También Omar Prego, Ruben Romano, Mario Trajtenberg, Jorge Arias, Raúl Boero, Alfredo de la Peña, Rogelio Navarro y Alxe Pereyra Formoso.

Un matiz de crítica más escaso y por ello muy importante es el del pequeño grupo que se interesa en las ideas y no tanto en pura literatura. También vinculados a *Marcha* o *Número*, son ellos Einar Barfod, muy marcado por el pensamiento anglosajón y la filosofía científica; Ruben Cotelo, muy claramente filial en el marxismo, la antropología y la sociología del saber; Julio Moreno, de obra (como los anteriores) muy corta pero con ensayos de gran

calidad sobre estética cinematográfica y crítica filosófica.

Mencionado tras ellos por no haber ejercido, que sepamos, la crítica practicante, José Pedro Díaz es, también en esta última generación, el representante más destacado del ensayo literario. Como Ibáñez, Bordoli y Castillo, y a diferencia de Rodríguez Monegal o Visca, ha centrado su interés en la poesía, especialmente la francesa (de la que es reciente catedrático) y la española. Su *Bécquer* ha tenido amplio eco aquí y en España, aunque, recargado de elementos informativos, no creemos que dé la verdadera medida de su capacidad interpretativa.

La actividad profesional de Díaz puede representar, en su mejor nivel, toda una producción, muy cuantiosa si se agrupa pero también muy desigual, muy esporádica, de estudios, de prólogos, de monografías. A ella se aplican muchos profesores (y lindan por eso con el material didáctico) y otros que no lo son. Sólo citaremos entre los primeros al desaparecido Luis Alberto Menafra, a Ofelia Machado Bonet, a Sarah Bollo, a Carlos Scaffo, a José María del Rey. Entre los segundos, a Gastón Figueira y a Roberto Bula Piriz. Un extraño caso es el de Roger Bassagoda, milagro de abrumadora erudición, investigador de fuentes literarias en zonas tan aparentemente intransitables como el neoclasicismo español o el primer romanticismo hispanoamericano.

Aunque muchos nombres anteriores representen virtuosismos muy variados hay también una "prosa de poetas" que se orienta por lo general hacia el estudio crítico y la cortesía epistolar escasamente valiosa y pobremente nutrida. Escapan a esta regla: Fernán Silva Valdés y sus estudios breves de etnología y "folklore" rioplatense; Carlos Sabat Ercasty y sus difusas y reiteradas efusiones cósmicas y naturalistas; Manuel de Castro y sus sabrosas evocaciones de la bohemia literaria de décadas anteriores; Alvaro Armando Vasseur y sus estudios bíblicos y filosóficos; escapa, sobre todo, Pedro Leandro Ipuche. Pese a su ingrata función de presidente de la intelectualidad oficialista, es inevitable decir que la prosa de su libro de estampas y retratos *El yesquero del fantasma* (1942), es (a ratos) una de nuestras prosas mejores más personales, más vivas, más encantadoras.

#### IV

##### *La estética y las artes*

La reflexión sobre el arte y la belleza conoció en nuestro país y en nuestro siglo los parciales pero siempre vivaces enfoques de Vaz Ferreira, la tentativa —demasiado ambiciosa— de Pedro Figari en *Arte, Estética, Ideal* (1912) (estética amateur y cosmovisión frustrada), la

compañía clásica y modernizadora de Eduardo Dieste.

En los últimos años, Joaquín Torres García y Emilio Oribe han sido los representantes más significativos de toda esa actividad. El creador del constructivismo se empeñó tenazmente en flanquear su obra pictórica con una actividad teorizadora conexas con ella. En *Universalismo constructivo* (1944), en las lecciones recogidas en *La recuperación del objeto* (1952) y en multitud de publicaciones menores (la mayoría preparadas tipográficamente por el artista y sus discípulos), Torres García elaboró una teoría estética que, sobre cánones de meditación empírica en la materia y el oficio mismos, llegó a valer por toda una concepción del mundo y hasta por una religión laicizada en el sentido cotidiano. Una religión a la que, característicamente, no le han faltado disidencias, abjuraciones y excomuniones.

Desde *Poética y plástica*, de 1930 hasta *La dinámica del verbo*, de 1953, Emilio Oribe ha practicado una labor de difusión y comunicación (nunca de vulgarización) de las corrientes estéticas de nuestro siglo. Siempre en un alto nivel, más que como un filósofo estricto como un grave entusiasta de las ideas, como un extático de los sistemas, no ajeno sin embargo a cierto humor y aun socarronería, Oribe ha recogido en esos libros y otros menores todas las aventuras de los "ismos"

y ha reiterado teóricamente su preferencia por una poesía de ambición metafísica, rigor constructivo y símbolos resplandecientes.

Discípula de Maritain y de D'Ors, Esther de Cáceres define un peculiarísimo tipo de acción intelectual: el de la palabra oral, el del estímulo. Sólo una parte ínfima de su apostolado estético y religioso está impresa. El eco, sin embargo, que ha logrado, revela un rasgo importante de nuestro medio intelectual y social: más centrado que el argentino, menos "seccionalizado", más permeable a una multiplicada gestión personal.

Con *Milón o el Circo* (1954), Francisco Espínola, narrador nato, intentó, sin visible fortuna, el diálogo estético del tipo de *Eupalinos*. Su tesis (que tiene ecos de la fenomenología y de Croce), sobre las relaciones entre el acto estético, el objeto estético, la realidad, el mundo es defendible sin ser reveladora; no la ayuda una prosa de tiesura penosa, sin andadura natural para las ideas. De la generación de 1935 también, Jesualdo, con una solvencia que acredita su autobiográfica *Vida de un maestro* (1935), ha estudiado los mecanismos de *La expresión creadora en el niño* y *La literatura infantil*.

En esta línea de intereses y en generaciones posteriores: Sergio Benvenuto y Carlos Gurméndez.

En música, en artes plásticas, también tenemos, naturalmente, una crí-

tica cotidiana. En ambas especialidades, junto a los mayores: José Pedro Argul, Giselda Zani, Lauro Ayestarán Fernando García Esteban actúa un grupo más numeroso y joven. Un tema muy característico de nuestra vocación moderna o de nuestra inquietud vernácula lo constituyen el del jazz y el del tango, Juan Rafael Grezzi, Salsamendi, Alfaro y Alsina son los especialistas en el primero; el tango y sus cuestiones han sido (desapaciblemente) debatidas por Daniel Vidart e Idea Vilariño.

Creo, sin embargo, que son la crítica de teatro y sobre todo la de cine (que suelen tener autores comunes) las más maduras, las más cohesivas, las más influyentes. Tan numerosos son los que se dedican a las dos y sobre todo a la de cine, que siempre alguna omisión importante es posible. La de teatro es, naturalmente, una vieja tradición, en la que sobrevive, con el orgullo y el valor de sus incomprensiones, don Enrique Crosa. Sus nombres más actuales son los de Antonio Larreta, Carlos Martínez Moreno (recientemente reintegrado a ella), Mauricio R. Muller, Pedro Beretche, Gustavo Adolfo Ruegger, Carlos Denis Molina, Alejandro Peñasco y otros. La crítica de cine ha tenido sus decanos en José María Podestá, Arturo Despouey, Fernando Pereda y Giselda Zani. Sus seguidores se llaman Jorge Angel Arteaga, Antonio Grompone, Gastón Bianco, Julio Moreno, Hugo Rocha (también Emir Rodrí-

guez Monegal y Mario Benedetti) y una extensa pléyade prácticamente innominable. Con ellos se vertebrará una de las formas más maduras de ese mantener nuestras culturas hispanoamericanas al nivel máximo de la actualidad cultural universal. En el esfuerzo de adaptación y de comprensión de valores, vigencias y significaciones este grupo de críticos, por lo general entre los treinta y los cuarenta años, posee una unidad de acento peculiarísima. Todos tienen unas preferencias, una particular axiología estética, unas limitaciones y hasta unos "tics" mentales que, si se organizan, son los que dan mejor lo que podría llamarse el dibujo (o el esquema) de nuestro nuevo "tipo intelectual".

A todos es común cierta incapacidad, cierta inhabilidad, para tener en cuenta los puntos de vista del espectador medio, de ese que busca en el cine, no siempre con indignidad, evasión y descanso. En todos es acentuada la inclinación al enjuiciamiento de los valores estrictamente formales (con cierta incomprensión de la inescindibilidad de las técnicas y contenidos). Todos participan de una generalizada asepsia al sentimiento y especialmente a lo patético: a la "sensiblería", a la "sentimentalina". En muchos hay una frecuente ignorancia, que suele venir de una cultura demasiado especializada, de los significados contextuales que para un público específico por ideología, clase o nación una película pue-

de tener. Una general insensibilidad para lo histórico y una hostilidad, más o menos abierta, todos los valores más clamorosamente "antimodernos": lo litúrgico, lo heroico, lo ceremonial, lo institucional, no son excepciones significativas, su concepción del mundo está dominada por las notas de finitud, de protesta social, de liberación sexual, de una intensa conciencia de la sordidez moderna y del caos moderno; de una aspiración (más que una voluntad) liberadora de tipo poético, adánico, naturalista (al estilo de las del cine sueco). En los contenidos se valora el rompimiento del hombre con las estructuras, la capacidad histórica del resentimiento; "lo social" en suma. Sin embargo, es general el repudio a toda forma cinematográfica que mueva la imagen y su posible convicción al servicio de un fin externo y predeterminado al film mismo, lo que importa, naturalmente, la hostilidad al epicismo, al moralismo y al optimismo soviéticos y, más naturalmente todavía, al conformismo capitalista del cine norteamericano, y sus "gadgets". Sus preferencias van, en especial, a producción de los países menores o marginales: Japón, Suecia, Checoslovaquia; también, sin estos adjetivos, a la de Inglaterra, Francia, Italia. Unanse a esto el culto a cierto humorismo, a cierto "self restraint", a cierto "understatement" de tónicas inglesas, a cierto ingenio verbal y se tendrá el cuadro (que puede tener algo de ca-

ricatura) de una mentalidad que influye poderosamente desde la crítica de cine, aunque entre los críticos no deje de tener muchas atenuaciones. Seguramente Giselda Zani, Antonio Larreta (nuestro primer crítico, si se une su doble función de cinematográfico y teatral); Rodríguez Monegal por su filiación, Beretche, sean los que superen, por una más extensa cultura, madurez y equilibrio estos rasgos generales. Una tremenda sapiencia en historia del cine junto a un ingenio verbal muy eficaz y muy ejercido caracterizan también típicamente a los que fueron durante muchos años los críticos de *Marcha*, los confundibles, los inseparables: Homero Alsina Thevenet y Hugo R. Alfaro.

Sólo la sociología o una estadística cualitativa podrían ayudar a medir la influencia de esta crítica de cine. Por su impacto sobre el público es, seguramente, la manifestación más poderosa y "social" de toda nuestra cultura. (Un hecho al que no es ciertamente ajeno la situación del cine como actividad artística central de nuestro tiempo).

Frente a ella pueden parecer disminuídos o menores otros afanes intelectuales. No dejan, sin embargo, de ser importantes.

En una dirección que es, típicamente, la de "continuación de la actividad académica" y en torno a la Facultad de Humanidades algunos grupos cumplen el esfuerzo que

en todos los países medianamente dotados se cumple, trabando ese contacto dialogal que entre todas las universidades del mundo es el modo característico de actuación de ciertas especialidades culturales (que a veces tienen resonancia en las antípodas y son ignoradas en su propio medio). En lingüística, y tras de Benigno Ferrario (un solitario, un "corresponsal"), Eugenio Coseriu, rumano, de formación italiana, radicado en el país desde hace más de un lustro, cumple una labor que se anuncia entre nosotros tan importante como la de algunos Institutos de Buenos Aires (el de Castro y Amado Alonso) lo fué para la Argentina. También Coseriu, con obra propia muy especializada pero brillante, ha puesto al día su disciplina, congregando en torno suyo a nuevos investigadores o autodidactas, formados de tiempo atrás. En lingüística, teoría gramatical o filología: Luis Juan Piccardo, Washington Vázquez, Olaf Blixen, Jorge Medina Vidal. En posición menos grupal: Elda Lago y Francisco Anglés y Bovet, de escasa obra édita pero con excepcional prestigio dentro de esas especialidades.

## V

### *Un "pasado útil"*

Como en cualquier otro país americano, y como en la Argentina en-

tre ellos, la historia es en el Uruguay el género más indefenso a la afición chambona, a la vanidad publicitaria, al decorativismo procesal. No todo es eso, y algunas de sus direcciones, algunos de sus nombres presentan hoy un interés creciente y real.

Parece, naturalmente, que la construcción de "un pasado útil" tiene que ser el norte de la labor más viva y más influyente, pero otras direcciones: la tentativa, más neutra, de continuar seriamente una labor académica de generaciones; la tentativa, más militante, de hacer servir la historia para una toma de conciencia de lo nacional y de lo americano, son también importantes.

Pero es nuestra propia evolución histórica, la que inflexiona nuestra historiografía con ciertos rasgos específicos que la hacen distinguirse bastante, pongamos el caso, de la historiografía argentina.

No se da por ejemplo, entre nosotros, hasta la hondura con que se da al otro lado del río, la disidencia liberal y nacionalista, la "oligárquica" y la "popular" llevadas (además de nacidas) a la historia. Artigas y el período artiguista son un "estrato de concordia" en el sentido orteguiano más ancho que el que puede constituirlo San Martín, porque toda nuestra comunidad sale de él. Todo lo que el artiguismo representa: autonomía regional y coordinación de esas autonomías, sentido popular,

antilogárquico, americanista solución del "caudillo", confianza en la espontaneidad de las multitudes, forma un caudal que don Eduardo Acevedo pudo valorizar diversamente de los historiadores de hoy pero al que nadie, buenamente renuncia. Hay otros factores que han promovido esta situación, pero sería largo repararlos. Mencionemos, simplemente, la falta de una tradición social virreinal, nuestro origen disidente y "federal", la presencia de un partido "blanco" o nacional operante y respetado, en contraste con la destrucción del federalismo, rosista o no, en la Argentina posterior al 80, la ausencia de un pensamiento antiliberal influyente, aún algunos más.

El otro hecho diferencial también se vincula a todo esto último. Con dos partidos tradicionales e históricos, la necesidad de que esos partidos promuevan y produzcan su propia historia se hace evidente. Al lado de la historiografía nacional existe una historiografía blanca y una historiografía colorada. Y si decimos una historiografía decimos también una crónica, una biografía y hasta una hagiografía blancas y coloradas.

Y el fenómeno paradójico es que cuanto más estos dos partidos parecen desgarrados interiormente, más desgarrados por las contradicciones económicas y sociales de los sectores que los apoyan, más vacíos de fe, más puros rótulos, el fervor por esta historiografía partidaria aumen-

ta. ¡Qué no habría que decir de todas las almibaradas vidas de Batlle, del tipo de las de Justino Zavala Muniz y Enrique Rodríguez Fabregat, que contrastan un Batlle prometeico y solo contra un Uruguay que más parece el Ecuador de García Moreno —"convento y cuartel"— que el país liberalizado y extranjerizado en que la obra de Batlle se cumplió e hizo posible! Qué no decir del sospechoso fervor por Aparicio Saravia, convertido en héroe de la libertad electoral (como si no hubiera significado otras cosas) recubriendo con su nombre una informe amalgama partidaria de cli e n t e l a s ciudadanas, grandes latifundistas, exportadores de materia prima, doctores procerófilos, admiradores de "los países rectores". Nacional o partidaria, sin embargo, y con muy pocas excepciones que señalaremos, casi todas las direcciones y las posibilidades de la investigación histórica se dan y se realizan entre nosotros. La labor más seria parece, necesariamente, la que cumplen los centros especializados: *Instituto de Investigaciones Históricas* de la Facultad de Humanidades, *Museo Histórico Nacional*, *Archivo Artigas* e *Instituto Histórico y Geográfico*. Sus revistas, sus libros, sus series documentales están ampliando considerablemente el área de nuestro conocimiento histórico. Buscando, empero, la dirección de esos esfuerzos no es difícil ver que las investigaciones y las publicaciones se centran, sobre todo, en el período

artiguista. No es la primera vez que digo que esto es una lástima. Porque si lo que hace importante a la historia es su capacidad de hacer inteligible el presente, no puede terminar en otra cosa que en la frustración una labor que, colectivamente y vista, prescinde, salvo excepciones, de lo que el país fué en el siglo y cuarto último y es indiscutible que este siglo y cuarto último modeló, más hondamente, al país que todo lo que pudieron hacerlo las décadas o el siglo anteriores. Buscar en el artiguismo unas "invariantes", en el sentido martínezestradiano, que hubieran operado después mágicamente, como un carisma nacional, puede ser un tema legítimo para el ensayo político y los planteos normativos; es obvio que no tiene un interés histórico estricto.

Si la historia de las luchas por la independencia resulta, con mucho, el sector más trabajado, más indagado, ello no quiere decir que los otros estén vírgenes, o pocos menos. También es valiosa la indagación que se realiza en torno a la época de la Guerra Grande y especialmente al "gobierno del Cerrito" sobre el cual se encuentra en vías de publicación una monumental monografía de Mateo J. Magariños. Se condensa en forma de biografías el interés, muy grande también, por período, de los dictadores militares Latorre y Santos.

Llegados aquí —y sé bien el ries-

go de injusticia que esto comporta— no podemos detenernos en el examen de los resultados de una multitud de direcciones más especializadas. El de distintos aportes raciales y nacionales que nos formaron: el indio, el negro, el español, el francés; sus respectivas culturas. Los de las historias especializadas: la de la justicia, la militar, la de la arquitectura, la marítima, la eclesiástica, la de la ciencia, la diplomática. Los de la genealogía, la efemeridiología, la bibliografía, la literatura memorial, la teoría de la historia, la historia universal. Los de la historia regional y departamental, los de la pequeña historia, los de la crónica. No podemos caracterizar a sus cultores más destacados: Eugenio Petit Muñoz, Rafael Schiaffino y Jacques Duprey; Carlos Ferrés, Juan Giuria, Eugenio Baroffio y Carlos Pérez Montero; Agustín Beraza y Homero Martínez Montero, Luis Alberto de Herrera, Carlos Carbajal y Luis Enrique Azarola Gil; Florencia Fajardo, Luis Bonavita, José María Fernández Saldaña, Ariosto Fernández, Arturo Scarone y Antonio Praderío; Jesús Betancor, Carlos Rama, Daniel Castellanos y Armando Piroto; Ariosto González, Simón Lucuix, Felipe Ferreiro y Edmundo Narancio.

Si hubiera de cifrar, sin embargo, toda la actividad histórica del país en un sólo hombre no podría elegir otro que el de Juan E. Pivel Devoto. Apenas recién rebasada la cuarentena, Pivel tiene desde los

veinte años largos que escribe, prestigio de maestro. Fué un precoz y un especializado, pero no un erudito y así salió, también tempranamente, del ámbito más estricto de los investigadores por la riqueza y el interés, no puramente académico, de sus planteos. Director de nuestro Museo Histórico, en el que realizó una obra importante (además, una espléndida revista), Pivel ha enriquecido nuestra historiografía política con dos libros esenciales: *Historia de los partidos políticos en el Uruguay* (1937) y la *Historia del Uruguay* (en colaboración con su esposa y de 1945). Pero también ha realizado aportaciones decisivas a nuestra historia diplomática e internacional, a nuestra historia económica y social, a la historia de nuestras ideas (*El Congreso Cisplatino*, de 1937, *La diplomacia de la Patria Vieja*, *Las raíces coloniales de la independencia oriental*, la colección documental de la *Revista de Economía* y una gran variedad de estudios menores). Animador de una generación de historiadores en la que varios nombres, como el de Aurora Capillas, Alfredo Raúl Castellanos y María Julia Ardao se destacan con propios relieves, Pivel ha reelaborado varias dicotomías interpretativas: "Caudillos y doctores", "Orientalismo y extranjerismo", "realismo y teoricismo", cuyo inventor seguramente no ha sido pero a las que ha dado objetividad y sobre todo fecundidad. Metódica y axiológica-

mente realista y nacionalista, manejador de un importante caudal documental en el que lo inédito parece distrutar de una preferencia tal vez excesiva, Pivel es un "revisionista" en el sentido argentino, aunque atemperado por una gran dosis de sentido de la proporción, de inteligencia y de un espíritu tan extrapartidario que le ha llevado por ejemplo a la admiración por Rivera, fundador del partido secularmente rival del suyo.

Si se utilizan burdamente, sus claves no carecen, es claro, de peligros. Si Timoteo Aparicio o Latorre eran la realidad frente al espectral ideologismo de Carlos María Ramírez ¿hasta dónde es la realidad, ya, Saravia, frente al estanciero modernizador, ante el burócrata, ante el "ingeniero de puentes y caminos"? ¿Hasta dónde, para utilizar personajes de Carlos Reyles, Primitivo frente a Mamagela? La admiración a los caudillos extraídos del contorno económico y social que les dió fuerza puede parar en cierto epicismo de tipo lugoniano y en un irracionalismo resentido frente a las inflexiones de lo que es verdaderamente "real".

De cualquier manera esta obra y estas claves de Pivel son un aporte fundamental para la tarea que hemos denominado como "la elaboración de un pasado útil".

En los últimos años, dos estudiosos señalan el apogeo de esta tenta-

tiva con una labor impecable y abierta a incesantes continuaciones; Arturo Ardao y Lauro Ayestarán. Ardao, en una década de trabajo ha cumplido buena parte de una proyectada "historia de las ideas" en el Uruguay y aunque como disciplina historico-científica esta "historia de las ideas" pueda no ser inobjetable, los resultados de Ardao son de singular interés. Con *Filosofía pre-universitaria en el Uruguay* (1945), *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay* (1950) *Batlle y Ordóñez y el positivismo filosófico* (1951) *La filosofía en el Uruguay en el siglo XX* (1956) y algún trabajo menor, este profesor uruguayo ha aportado la mejor contribución —y la única sistemática— a una "historia de las ideas en América" que desde México se empieza a orquestar como empresa de largo aliento. Lauro Ayestarán ha realizado la misma tarea con la música, llevando su atención tanto a las formas populares como a las formas cultas. Su historia de *La Música en el Uruguay* (el primer tomo apareció en 1953), sus innumerables trabajos monográficos complementarios señalan cómo una atención inteligente y una vida de investigación hacen significativo cualquier sector de la cultura que pudiera parecer —a priori— carente de peculiar relieve.

Menos completos y metódicos resultan, por hoy, los exámenes de otros aspectos de nuestra historia ideológica y cultural.

En la historia de las ideas políticas está indagado muy a fondo el período artiguista. Los trabajos de Ariosto González, Jasé María Traibel, Eugenio Petit Muñoz, los excelentes estudios de Edmundo Narancio, la espléndida obra de Alberto Demichelli *Formación Constitucional rioplatense* (1955), han dejado pocas cosas fuera del cuadro. Menos explorados están en este orden los períodos posteriores aunque son dignos de mención los ensayos de Pivel Devoto (sobre José Ellauri y Bernardo Berro), de Jacinto Oddo (sobre *Los principistas*), de Alfredo Castellanos y Falcao Espalter (sobre Bauzá), de Ariosto González (sobre Andrés Lamas). También con un agudo ensayo sobre las ideas colegialistas de Batlle, Carlos Maggi marcó no hace mucho una excepción a la mediocridad de los homenajes rendidos a este político en el primer centenario de su nacimiento.

La historia de las ideas sociales tiene sus especialistas en Francisco R. Pintos y en Carlos M. Rama, aunque éste se ha diversificado en una gran variedad de intereses y temas. A la historia de las ideas pedagógicas ha contribuido Jesualdo con varios trabajos serios.

Desde las obras de Zum Felde, la historia literaria no se ha ejercido con la ambición y en la forma orgánica con que él lo hiciera. Los estudios parciales de época o autor no se aventuran mucho fuera de la ge-

neración del 900, la promoción que parece no sólo más investigada sino más interesante. Pero pienso que si por sus relativas (y complementarias) cercanía y lejanía, la generación del 900 está en esas condiciones de mejor investigación, las tres generaciones románticas: la de "El Iniciador", la de 1855 y la del "cenáculo" de "El Siglo" son más interesantes, si por interesantes entendemos, sobre todo, un interés vital, ambiental y ético (no el intelectual que lo tuvieron menor ni el literario, menor todavía). Es claro que para este tema se requiere un tipo de simpatía cordial y de cierto rigor irónico e irrespetuoso —a lo Strachey— que no son fáciles de conjugar. Lo común es que todo nuestro pasado anterior al 900 se recree con una pesada impronta de énfasis magnificador, de erudición pesada y de ingenuidad académica. Aunque no estén completamente libres de estos males me parecen una buena excepción a esta regla los dos encantadores libros de Raúl Montero Bustamante: *Ensayos*, de 1928 y *Estampas*, de 1942. Son sin duda lo mejor de su extensa obra de polígrafo y constituyen un pasaporte inmejorable para acceder a nuestro ayer por las vías de una identificación profunda.

Ciertos aspectos de nuestro pasado cultural cuentan con su propio rol de investigadores. El teatro, por ejemplo, tiene en Juan Carlos Sabat Pebet su historiador ameno y erudi-

to, que no ha culminado, sin embargo, con la prometida obra mayor.

La biografía, presenta algunas contribuciones de Manacorda (la mejor, *El gran infortunado* y, especialmente, de Eduardo de Salterain Herrera. Su *Monterroso* (1948), *Blanes* (1950), *Latorre* (1952), y *Rivera* (1945 y 1956) incorporan un rico material documental y una gran fuerza poética de evocación, aunque ambos elementos no siempre estén cumplidamente fundidos. El resto biográfico lo forman esos libros dictados por el ubicuo "culto de la personalidad" o son sartas hiladas por el comodín estructural de "vida-ambiente".

Parecen casi completas, con todas estas menciones, las líneas (que no los autores) de nuestra investigación histórica. Una ausencia resultará seguramente visible: la de la historia económica social. Nuestra historiografía es personalista, constitucionalista, política o ideológica y así el estudio de nuestro pasado económico, de nuestras estructuras sociales permanece casi inédito. Sólo penetran en el tema algún estudio de Pivel Devoto, los planteos comunistas de Francisco Pintos (*De la dominación española a la Guerra Grande* y la *Historia del Uruguay*), algunos esbozos de la última promoción de historiadores y ensayistas (Vivían Trías en *Nuestro Tiempo*, Wáshington Reyes Abadie en *Nexo*, Oscar Bruschera en *Marcha*, Gustavo Beyhaut en *Tribuna Universita-*

ria). Con ellos, sin embargo, ya estamos en otra dirección y en otro clima espiritual.

## VI

### *El tema del país*

El tema del país, "la toma de conciencia de la circunstancia", es la gran piedra de toque de la ensayística americana. Es también la gran pobreza de la nuestra.

Sin embargo, todo parece empujarnos a ella. La vivencia de lo regional es casi artificiosa; somos en cambio el "país de la cercanía": ideológica, social, física, geográfica y (hasta no hace mucho tiempo) económica. Cualquier "toma de conciencia" de la situación, por personal que sea, tiende a agrandarse hasta la comunidad entera. No contamos, sin embargo, con un tipo de obra semejante a las de Martínez Estrada, Subercasseaux o Gilberto Freyre. Esa ensayística de lo nacional con el tenor temporalista, circunstancial y comprometido que habitualmente tiene en América.

Muchos enfoques la rondan, esto hay que concederlo. Señalo, en una simple enumeración: los sociológicos. El rigor expositivo con que se ejercita la sociología (unido a la falta de dones literarios y de imaginación) obligan a dejarla al margen, al mismo título que la econo-

mía, de cualquier esquema del ensayo, por más generoso y ancho que éste pueda ser. Por eso no es necesario referirse a toda esa lamentable literatura de manuales y tratados en los que se recocen todos los manuales y tratados que anteriormente se leyeron y se copian y recopian las bibliografías de lo que otros estudiaron. La imperiosa presencia del campo importa desde hace años, una preocupación que no sólo recoge la política más activa o la economía más practiconona. Desde los viejos planteos de Martínez Lamas, tan interesantes a pesar de su inflexible base fisiocrática, se acendra una preocupación que hoy se vierte en las "sociologías rurales" de Aldo Solari y Daniel Vidart. La primera, tesis de profesorado, es académica y muy objetiva (dentro de lo posible). En la de Vidart se mezclan una ambición literaria (a la que la exuberancia metafórica perjudica en vez de auxiliar) y una aspiración a la sociología "de campo", de cuño muy norteamericano. Pese a ello está llena de atisbos inteligentes y de ideas a considerar. He puesto el ejemplo del campo, porque el campo es el país mismo. Pero también en otras líneas científicas existen planteos cabales del país: en derecho, en economía, en arqueología, en geografía. Eso pasa, por ejemplo, en los estudios económicos de Luis A. Faroppa e Israel Wonsever, en los geográficos de Jorge Chebataroff, en los de Francisco

de Ferrari sobre derecho laboral y sobre todo en el libro de Horacio Arredondo: *Civilización del Uruguay* (1951). Desde puntos de vista arqueológicos y económicos, realiza el libro de Arredondo una especie de inmersión en nuestras sustancias más entrañables: cosas, lugares, costumbres y casas, con resultados que pueden parangonarse —esporádicamente— a los de las mejores obras de Gilberto Freyre. También por los problemas pedagógicos se han acercado algunos a posiciones de un vivo interés nacional y social. Tal sucede con las obras de Antonio M. Grompone, y sobre todo con sus dos últimos libros: *Problemas sociales de la enseñanza secundaria* y *Universidad oficial y Universidad viva* (México, 1953). No sólo es Grompone el investigador más apto de los problemas de nuestra enseñanza y de sus implicaciones sociales sino que representa muy típicamente un operante temperamento intelectual: realista, pragmático y social penetrado de devoción a la técnica y a los datos empíricos, muy consciente de las tremendas exigencias de una civilización masificada y dinámica.

Un planteo histórico válido ha sido, y sigue siéndolo, el de Alberto Zum Felde, en el *Proceso Histórico del Uruguay* (1920). Con esta obra muy temprana y sorprendentemente solvente para quien ha estado en general lejos de esos intereses, Zum Felde sintetizó, en una línea clara

y legible, las conclusiones de la historia de la época. Aún hoy es, seguramente, la mejor introducción al Uruguay.

Nada de este tipo se encuentra hasta treinta y más años después en que apareció el libro de Baltazar Mezzera, *Blancos y Colorados* (1952). Aunque haya sido tal vez, el único en insistir en su importancia, pienso que es de excepcional fecundidad su planteo, en el fondo muy simple. Ese planteo consiste en relacionar nuestros partidos tradicionales con las dos grandes etapas de la historia cultural de Europa: “tradición” y “modernidad”. Aunque no carezca de excesos esquemáticos, de abusos deductivos, de desenfoces en cuestiones de hecho, es una de las pocas obras excitantes que en el país se han escrito.

Pero el tema nacional se explaya también en una serie de ensayos de carácter más personal y de línea más quebrada.

No se le pueden aplicar sin embargo los últimos calificativos al planteo de una de las figuras más representativas de la generación que hemos llamado de 1935: *Panorama institucional del Uruguay a mediados del siglo XX* de Justino Jiménez de Aréchaga, aunque sí caben para los de Eduardo J. Couture en *La comarca y el mundo* (1953). Los dos son representativos de una actitud que señalaremos en seguida.

En la generación más reciente son

valiosos, en general, los artículos de Arturo Sergio Visca y Wáshington Lockhart. Los dos pertenecen al grupo de *Asir* y son sus ensayistas. Ambos utilizan por igual el enfoque literario o el enfoque caracterológico, aunque Visca muestre una preferencia más marcada por el estudio literario y Lockhart por el de tipo social, histórico y filosófico. Tentativas más amplias las configuran los trabajos de Roberto Ares Pons y de Juan J. Fló en la obra colectiva *Problemas de la Juventud Uruguaya* (1954).

Satírica y confidencial es la aportación de Fló; ceñida y buscando la objetividad sociológica la de Ares Pons (y también la de Carlos Rama, en el mismo volumen). Autor de varios ensayos excelentes (sobre la "intelligentsia" nacional, sobre el Uruguay, sobre las tiras cómicas, sobre la "Tercera posición", dotado de una extraordinaria capacidad sintética, de una muy especial sensibilidad para los fenómenos de la época, de un admirable estilo de ideas, Roberto Ares Pons es la figura más activa y más representativa del grupo de *Nexo*. Junto a él, en una gama de inspiraciones que van desde el nacionalismo hasta el cristianismo y el marxismo, Alberto Methol Ferré, Horacio Asiaín. Muy cerca de ellos, afines en actitudes y en intereses, Aníbal Alzaga y Raúl Abadie Aicardi, nuestro mejor comentarista internacional practicante. Y aún habría que volverse a referir,

para completar la constelación más reciente, que es al mismo tiempo la de los inconformes, de los que se niegan a ver rosado, de los "radicales", al grupo de historiadores jóvenes interesados en lo económico y en lo social (Vivian Trías, Reyes Abadie, Bruschera, Beyhaut). Y aún todavía a los vivaces planteos histórico-sociales de Benito Nardone, tan influyentes y tan polémicos.

Con dos menciones, esta área de las inquietudes uruguayas quedaría medianamente deslindada. La primera: la de los humoristas. Forman hoy día un grupo numeroso. Su mejor tema son las características nacionales, las manías y los defectos nuestros. Es la narrativa, sin embargo, no la crítica ni el ensayo, su ubicación más exacta.

La segunda: la del tema americano. La toma de conciencia del país es prácticamente inseparable de su planteo y no puede por ello descartarse "in totum". (Aunque entre nosotros no haya tenido la riqueza y la importancia que asume en el grupo de *Cuadernos Americanos*, en Alfonso Reyes, en Juan Larrea, en Gaos, en Leopoldo Zea, en Samuel Ramos. Aunque parezca el más indefenso al floripondio de los tontos públicos y privados). El tema de América vive sin embargo en varias generaciones, con numerosas notas diferenciales que no podremos ver. La arielista la representa mejor que nadie José G. Antuña: *El nuevo*

acento (1935) y *Un panorama del espíritu* (1952). En las posteriores se ha interesado en él, Roberto Fabregat Cúneo; autor de unos excelentes *Caracteres sudamericanos* (1950) y también de una aguda *Filosofía de la propaganda* (1946). Concebido como tarea histórica liberadora este tema de América es siempre inquietud insoslayable de todas nuestras minorías estudiantiles, de nuestros grupos nacionalistas, de equipos como los de *Nexo* o los de *Marcha* (con Julio Castro, especialmente).

El debate sobre si debemos ser "universalistas" o "americanistas"; su inevitable clausura en que tenemos que ser ambas cosas e incorporar todo el patrimonio humano dándole una tónica propia ha sido altivamente orquestado por la prosa de Alberto Zum Felde en *El problema de la cultura americana* (de 1943) y en el ya nombrado *Índice de la Ensayística*.

Aquí, como en otras claves, nuestra condición periférica en América, nuestra situación distante de los más típicos desniveles y dramatismos del continente ha determinado que el tema americano sea —más allá de su potencial peligro retórico, más acá de su prometedor interés político, más quietamente, más puramente— una inquietud, una nostalgia, un remordimiento sin formas operantes.

Aunque su especialización sean la

economía y las finanzas, esta nómina no puede evitar una referencia epilodal a Carlos Quijano. Desde su juventud y durante casi treinta años; desde hace diecisiete en *Marcha*, Quijano no sólo ha analizado la actualidad económica, financiera y (accidentalmente) política del país y del mundo sino que ha ejercido un muy particular magisterio de ironía, de deflación de lo palabrero, de realismo. Es el gran enemigo de los tartarinismos nacionales, de "las cruzadas" internacionales, de los simplismos, de los verbalismos, de las ilusiones de la ineptitud y la pereza. Todo eso sin frenesí y sin alce de voz porque su mejor arma ha sido, y lo es más cada día, cierto tedio displicente, cierto cansancio del que predica a sordos. Ese tedio y ese cansancio pueden haberlo convertido en un esterilizador de entusiasmos, (de los buenos y de los ilusos) pero es imposible negar (aunque tampoco los enemigos le faltan) la autenticidad de su gesto y la calidad de escritor con que lo ha comunicado. Cuando tira las muletas de sus cifras, Quijano es un maestro en ciertos pasos: la emoción confidencial, el sacarle punta y sentido a un modismo, a una frase hecha.

Al aludir a todo este grupo, dije que estaba marcado por la insatisfacción, por la disconformidad. Al principio de este artículo señalé cómo esta insatisfacción se fundamentaba, no sólo en un temperamento común y en un común desajuste an-

te los cuadros de la vida nacional, sino se sostenía y fundaba en una gama muy amplia de posturas ideológicas. Una gama que iba, en puridad, desde un extremo a otro del espectro. Al citar los trabajos de Aréchaga y de Couture insinuaba cómo ellos se fundaban en una actitud antitética: la satisfacción, la básica conformidad. Los dos rótulos puede que no sean más que rótulos y que las contradicciones que ocultan, no sólo de ideología: también de clase, de origen, de actitud fueran más reales que el término con que los sintetizo. Como parece, de cualquier manera, que no nos encontramos en un período de construcción revolucionaria sino en la lenta pendiente en que un "status" político social e ideológico se hace inservible, creo que, como postura crítica, como actitud corrosiva, como santo y seña la de la insatisfacción y la simétrica conformidad serán, por mucho tiempo, las más actuales.

La conformidad tiene, es natural, distintos niveles. El más alto lo marcan los trabajos que citaba. El peor, sino el más bajo, los pavoneos de nuestros payos gubernativos, ministeriales y diplomáticos. El Estado los manda con dólares baratos a revolotear por el mundo y ellos entonan, ante las asambleas internacionales que los oyen entre resignadas y divertidas, las excelencias inmarcesibles de nuestra democracia. En los mejores, esta satisfacción del

país puede reflejar lo prosperidad de ciertos sectores doctorales, bien ubicados y triunfantes. En los políticos, opera el escrupuloso cuidado de una superestructura ideológica muy rentable, de una apologética de la mediocridad y de un escamoteo de las comparaciones. Se erige en arquetipo un tren de vida sin horizontes, apacible, hedónico, sin tensiones. Pero si se repasan las virtudes que Aréchaga o de Couture encomian se ve cómo cada una es una semi-verdad, amonestada por una infidelidad, por una insinceridad o por un deterioro.

Couture, por ejemplo, creía que los diarios no venden sus páginas, que la justicia está inmune de influencias políticas y que nuestros gobernantes se retiran pobres de sus cargos. Aréchaga afirma en su trabajo que la oligarquía del dinero (no la llama así) coopera al esfuerzo común y que no existen en nuestro país familias privilegiadas. Cree que todos los grupos del país tienen posibilidades de expresión por medio de órganos propios. Cree que ha ascendido el nivel de vida de las clases medias, de los jubilados, los pensionistas, los empleados.

No podemos polemizar con estas creencias. No tenemos porqué asumir tercerías en una mera exposición.

Pero si la generación que llamamos de la insatisfacción acepta que nuestro país está en una situación

de relativo privilegio respecto a otras naciones y muchas hispanoamericanas, si reconoce que está libre de ciertas desmesuras, calamidades, tragedias y contradicciones que a otros países acechan, sabe también que los bienes de un pueblo no se miden por simple suma, ya que hay bienes colorarios, y bienes en retroceso, y bienes superestructurales, y bienes naturales, que de poco valen si en sus raíces la ordenación de la vida de los hombres esta desquiciada y maleado y desbaratado lo que Rubashov llamaba "el lastre ético".

A esta generación le empieza a preocupar crecientemente la progresiva ineptitud de los elencos gobernantes, su corrupción cada vez más visible, su avidez de privilegios y beneficios, el cinismo y la insensibilidad que se difunden. Le preocupa la falta de horizontes en que la juventud se debate, el clamoroso fracaso de la enseñanza en su triple aspecto ético, cultural y práctico. Le preocupa la progresiva ingerencia de los grandes intereses privados (nacionales e internacionales) en el Estado y la colusión con ellos de muchos gobernantes y muchos administradores. La feudalización del Estado y la transformación de cada "ente" en una ciudadela de privilegios y de poderes a la que el gobierno central no domina, pero dominan los partidos. Le preocupan la proletarianización de las clases medias, el enriquecimiento galopante de una capa de especuladores e industriales

con buenos contactos políticos y administrativos; la creciente vaciedad de los partidos. Le preocupa la bancarrota del ideal de seguridad, tan uruguayo y en sí tan noble, en el espiral de la inflación y el empapelamiento, en un estilo de holganza y de la irresponsabilidad, en un estancamiento económico general que frustra ese desarrollo (ya que era el único capaz de darle solidez). Le preocupa el control cerradísimo de todos los órganos de opinión entre una pequeña oligarquía de familias que los poseen y las grandes fuerzas internacionales que por agencias informativas y "servicios culturales" los orientan y los ordenan. Le preocupa que, frente al impacto de una red internacional de proveedores de opinión, sino asfixiante, tremendamente compulsiva, grupos y más grupos de la vida nacional tengan posibilidades cada vez menores, cada vez más precarias, de expresión. Les preocupa un vivir a espaldas de nuestro único destino, el hispanoamericano. Les preocupa nuestra facilidad en servir todos los moldes ideológicos, en embanderarse en todos los maniqueísmos que las grandes potencias promueven. Les preocupa la flaccidez antropológica de una ideal de libertad que para el noventa y nueve por ciento es sólo pasividad, placer y dinero.

En un espléndido ensayo de *Asir*, Washington Lockhart mostraba dos actitudes típicas ante lo nacional, "dos formas de la infidelidad". Una

la cifraba en alguno de los planteos que hemos comentado. La otra, la del desarraigo, protestante y resentido, deslumbrado ante lo europeo, en cierto poeta joven, en cierto ultramarino. Pero las ilustraciones importan poco. Lo que importa es subrayar que si hay "dos formas de la infidelidad" no hay más que una para la fidelidad. Seguramente cae en el lugar común el que la defina así: aceptar la circunstancia (mundial, sudamericana, uruguaya y hasta montevideana). Asumir, sufrién-

dola, la fealdad, el desorden, la injusticia del mundo que nos rodea. Buscar, de acuerdo a lo que cada uno de nosotros somos; buscar, desde ellas, las maneras de una actitud: el sereno deber, a la manera clásica, o el asco patético, o la furia desmenada (que todas caben). En suma: los caminos de acción o de contemplación, de adscripción o de ventura, que Dios nos señale.

No han hecho otra cosa los únicos realmente vivos que aquí se registran.